

Una habitación en Zamora

A esta hora, Clara ya debe estar dormida. Debimos hacer la reserva del hotel antes de salir de casa, antes de viajar cinco horas, después de recibir el correo de confirmación de mi cita ante la embajada. Si Clara no me hubiera dicho que quería acompañarme, que era una buena oportunidad para tomarnos un fin de semana en la ciudad, yo hubiera viajado de madrugada, llegado únicamente a la cita y vuelto a casa en el primer autobús que saliera. Pero Clara no paraba de decirme que eran nuestras últimas semanas juntos y debíamos aprovecharlas. Dijo que, habiendo tantos hoteles baratos en el Centro, encontrar habitación e imprimir en el *lobby* mi documento para la cita no sería problema.

Ni una sola habitación en más de una decena de hoteles, porque era temporada vacacional y la Ciudad de México es el epicentro del turismo de compras. Salimos del metro en la estación Allende cuando aún atardecía. Clara me había hablado de un hotel, el Buenos Aires, sobre la calle de Bolívar. Al llegar, ya no era hotel: la antigua recepción se convirtió en taquería, y los tres pisos de habitaciones en vecindad. No importaba, pronto hallaríamos habitación en alguno. En el Canadá y el Washington, que yo conocía de mis años de estudiante, todo estaba ocupado. Caminamos por 5 de mayo, desde el Zócalo hasta Bellas Artes, preguntando en cada hotel que se veía modesto, porque el presupuesto tan apretado en ese viaje era el motivo principal para querer venir solo.

En el séptimo *lobby* donde nos rechazaron, ya en Tacuba, Clara tenía los pies adoloridos, una línea alrededor del talón a punto de sangrar. Dijo que sus zapatos eran nuevos, quería estrenarlos conmigo durante el viaje. No supe si llenarla de besos u odiarla por hacer más lenta nuestra caminata con su insensatez. Al final, solo la abracé, y mientras se apoyaba

en mi costado, regresamos a 5 de mayo. Andando, ella levantó la vista y señaló con el dedo: Hotel Zamora.

Era mucho más deprimente por dentro que por fuera, a pesar del deplorable estado de la marquesina. Hubiera deseado que nos dijeran que no había cuartos, y seguir la peregrinación, pero el talón de Clara estaba destrozado, así que tomé la llave ensartada en un enorme pedazo de madera con el número siete tallado, y la ayudé a subir al siguiente piso.

–Ven –pidió Clara, echándose sobre la cama rígida–, acuéstate conmigo un ratito. Estoy exhausta.

Iba a acomodarme detrás de ella, rodeándola como le gustaba que hiciera, pero recordé que debía imprimir mi hoja para la embajada.

–Voy a la recepción –le dije, mirando su cara decepcionada–. Ya sé, pero solo es un momento.

Besé la frente limpia de Clara y bajé al piso de recepción, solo para volver con las manos vacías, porque ni siquiera había computadora.

–Tenemos página de Internet, pero las reservaciones se hacen por teléfono –había dicho el hombre, viendo una televisión en blanco y negro. No sé qué parte de su respuesta me dio más risa.

Clara se tallaba ambos pies. En uno se veía la línea roja, con un rastro similar a la sangre alrededor del talón.

–Voy a ver si hay un ciber por aquí cerca –dije–, ya casi son las diez y mañana me voy a las siete.

–¿Me traes un café y pan? –pidió ella, sin dejar de frotarse los pies–. Y una crema o pomada, no soporto el dolor.

La abracé y volví a besarla. Me conmovía, siempre me conmovió desde que la conocí, por el ánimo que me daba todo el tiempo y por decir que me acompañaría a cualquier lugar, aunque yo me fuera a hacer el posgrado a San Francisco y ella no estuviera en mis planes, como sucedería en unas cuantas semanas, si conseguía tener la visa de estudiante al día siguiente.

Afuera, sobre 5 de mayo, circulaba menos gente. Pregunté en una tienda de calcetines, a un costado de hotel, si conocían un ciber, pero dijeron que no. Seguí caminando en dirección a la Catedral, la lógica me indicaba que en el primer cuadro del Centro Histórico hallaría alguno, quizá un locutorio o cualquier negocio donde pudiera imprimir la hoja obligatoria para mi ingreso a la cita, mi pase formal a una vida en los Estados Unidos, mi nueva vida sin Clara.

No encontré dónde imprimir, y cada tanto los negocios bajaban las cortinas metálicas. Me paré frente a la esquina de Madero y la explanada del Zócalo. En el Seven Eleven tampoco sabían de algún ciber.

–Ándate con cuidado, mano –dijo uno de los dos cajeros–, hace un par de días había un grupito asaltando. Si te cachan que eres turista, te pueden dar un susto.

Eran las diez y media y mi esperanza de tener la hoja impresa se iba desvaneciendo. Miré en ambas direcciones, necesitaba ir a la farmacia por la crema de Clara. Pocas veces la había

aborrecido tanto, pero su ingenuidad hacía que llegara a detestarla: mejor la imprimes ahí, mejor vamos juntos, mejor, mejor, mejor. Su insistencia pasiva terminaría por joderme. Creí ver el anuncio luminoso de una farmacia, iba a caminar en esa dirección pero sentí un olor familiar, a tabaco puro, un olor que me recordaba a mi padre. El humo lo exhalaba un hombre de unos sesenta o setenta, ya incalculables, con un saco y corbata, parado en la puerta del Hotel Majestic. Recordaba ese hotel, no porque alguna vez hubiese entrado en él, sino porque un escritor que me gusta lo mencionaba en uno de sus libros. Me acerqué para seguir oliendo, el tipo ni siquiera sospechó que fuese un carterista, pero me habló:

—¿También esperáis habitación?—preguntó, y le identifiqué el acento.

—No, no—respondí, negando con las manos—. Yo estoy en otro, salí a conseguir dónde imprimir mi hoja para una cita mañana temprano, pero fue imposible. No hay computadoras en renta, no hay nada a esta hora.

—Vale. Ven.

Entramos al *lobby*, el encargado dijo que ya casi estaba lista la habitación, en unos minutos subirían el equipaje. El español dijo que necesitaba imprimir una hoja, que me diera una computadora. El muchacho, más joven que yo y evidentemente nervioso, señaló una y me indicó cómo mandar a imprimir. En dos minutos ya había ingresado a mi correo, seleccionado el archivo e impreso dos hojas a color. El del *lobby*, aún nervioso por el asunto del cuarto, me dio un folder y siguió telefoneando.

—Anda—dijo el hombre, de nuevo en la puerta—, que si la cita es a las siete, tenéis que dormir.

Le agradecí y comencé a caminar en dirección a la Catedral, primero pasaría a la farmacia y luego por el café de Clara. Acomodé el folder entre el cinturón y mi cuerpo, bajo la chamarra, aunque apenas cupiera, pero algo me hizo darme vuelta, un impulso interno, y avanzar en sentido contrario. Quizá fue la curiosidad, a esa hora la explanada del Zócalo estaba casi vacía, y yo quería caminar por ahí antes de irme a la habitación con Clara. Eso hice. Avancé hasta la bandera, luego seguí y me paré frente a Palacio Nacional, ya iluminado, al que le resaltaba el dorado de los balcones. Me senté un par de minutos y observé. Eventualmente me llegaba el olor a mariguana u orín de los vagabundos que dormían en las escaleras del metro, y ya iban a guarecerse.

También era hora de irme al Zamora, pero no lo hice. Continué caminando, crucé la calle, como impulsado por otros pasos que no eran los míos, y llegué a Moneda. Ahí el panorama era diferente, y yo seguí avanzando. Correo Mayor ya era una calle libre de vendedores, gris, casi toda una mole de piedra. No seguí por ahí, sino que enfilé en Soledad y continué avanzando. Escuché música a unos pocos metros, salía de una enorme puerta de madera entreabierta. Me asomé. Era una vecindad, pintada por dentro de un montón de colores, como si cada uno hubiera aparecido cuando el anterior se deslavaba por el tiempo. Tal vez era danzón, a mí toda la música popular me sonaba igual. Escuché voces, risas, olía a cigarro y mariguana, era una fiesta. Mi teléfono estaba sin batería y ya no podía calcular la hora. A punto de dirigirme a la puerta, alguien me habló:

–Deberías pasar –la que lo dijo fue una mujer, nada atractiva, pero tampoco fea, con el cabello pintado de rojo y una blusa de tirantes por la que se desbordaban dos enormes pechos.

–Gracias, ya me voy –respondí.

–No, deberías pasar a ver.

Me echó encima el humo de su cigarro, y entré. Ese piso alguna vez tuvo un par de departamentos, que ya no lo eran, sino un salón unificado, con paredes antiquísimas pero sin las puertas, y un buen número de personas distribuidas bailando. En lugar de agradecerle de nuevo y salir cuanto antes, le acepté la calada de un cigarro de mariguana, y continué avanzando. La mujer de pelo rojo ya estaba con un grupillo de hombres, pasándoles el cigarro. En una esquina, otra, mucho más gorda y con solo algunas hebras de cabello, recibía las caricias de un hombre y una mujer al mismo tiempo.

–¿Y tú a qué vienes? –preguntó la de cabello rojo, regresando a ofrecer otra calada.

–Me dijiste que pasara, no sabía que estaban en una fiesta privada.

–No. Te pregunto qué haces aquí, no eres de aquí pero quiero saber a qué vienes.

–Vengo a una cita, para irme algunos meses.

–Eso dicen todos.

Sonrió. Noté que le faltaban un par de dientes. Era hora de irme. Le daría una última vuelta al lugar y me marcharía. Cerca de la puerta, la pareja ya había logrado que la gorda se quitara la ropa. Era idéntica a una pintura de no sé quién que dibujaba cuerpos que se desbordaban de sus fronteras. Terminó una de las canciones y creí escuchar otro ruido. Avancé deprisa para ver. El único lugar que tenía puerta era un cuarto pequeño, quizá un baño. Me asomé: podían haber sido entre quince o veinte personas, algunas estaban desnudas, pero creo que eso era lo de menos, hasta que pude enfocar de qué se trataba: pensé que era un varón, pero luego vi bien que era una niña también desnuda, con una cadena alrededor del cuello, brincando como lo hiciera una rana a la que se acerca al fuego, gruñendo, con el cabello revuelto, al que nunca se le había pasado un peine. Mostraba los dientes, gruñía, saltaba, con la piel mugrosa y esa cadena que la mantenía sujeta a la pared. Uno de los tipos, que solo tenía un calzoncillo, se lanzó contra ella y ambos rodaron por el suelo. No era una violación ni mucho menos, estaban luchando, la niña era una especie de bestia. Ella apresó el cuello del tipo entre sus antebrazos, hasta que lo hizo gritar de dolor y pedir clemencia. En eso consistía el juego, en que alguno pudiera dominarla.

–Dijiste que te ibas –interrumpió mi estupefacción la del cabello rojo.

No respondí. Caminé en sentido contrario y salí de ese cuarto justo cuando una mujer, esta sin ropa, se le echaba encima a la niña-bestia para rodar por el suelo. En un par de zancadas libré el área de baile, luego la escalera hasta la calle de Soledad y afuera el aire frío de la medianoche me dio de lleno en la cara, luego me impulsó a volver sobre mis pasos, por Correo Mayor, que ya recibía la visita del camión de la basura, después por Moneda y al fin ante la inmensidad de la explanada del Zócalo.

A veces cerraba los ojos mientras caminaba, pero no quería hacerlo, porque veía los dientes retorcidos de la niña, ella en cuclillas, mugrosa y golpeada, esperando al siguiente que pudiera vencerla. Casi llegaba al Zamora cuando recordé la crema de Clara, y me detuve muy cerca, en una farmacia que continuaba abierta. Pedí algo para las rozaduras.

—¿También para el susto? —bromeó el encargado, al notar mi expresión.

Ya a punto de pagar, recordé la hoja de la embajada. Por suerte, continuaba dentro del folder, afianzada a mi pantalón. Pagué por la pomada, unas donas y un café de maquinita. El Hotel Zamora quedaba a unos cuantos metros.

Clara estaba acostada en la cama, entre dormida y despierta, había hecho un bulto con los retazos de toallas porque no había almohadas. Su pie, de tan lastimado, parecía resplandecer en la oscuridad. Le puse un poco de la pomada blanca y la extendí por la piel herida, dando un masaje.

—Te extrañé mucho —dijo en voz baja, remarcando cada sílaba.

—Perdón, no encontraba dónde imprimir.

—Te voy a extrañar demasiado cuando te vayas.

Preferí no contestarle. En unas cuantas horas tendría la aprobación de la visa, un sello para no tener que regresar en mucho tiempo a aquella ciudad, y la posibilidad de llevarme a Clara lejos, de una buena vez. **C**



GERARDO CANTÚ. *Carrera de obstáculos*, 2008.
Buril/papel guarro, 250 mm x 290 mm, ed. 4/26 P.E